

**BENITO ARIAS MONTANO AL ESTUDIOSO LECTOR
DE LAS SAGRADAS LETRAS
SALUD**

Nadie hay que ignore que, para la comprensión de las Sagradas Escrituras, no poca luz y ayuda han aportado aquellos que, con toda exactitud, nos han transmitido tanto las reglas de la gramática, mediante las cuales se puede adquirir el conocimiento de la lengua hebrea, cuanto aquellos otros que se han preocupado de observar escrupulosamente las propiedades características de este idioma, de manera que cualquiera puede distinguir con facilidad aquello en lo que esta lengua se diferencia de las demás.

Es evidente que para quienes conocen el latín tales trabajos les han sido de gran utilidad, a la hora de comparar la cualidad específica del idioma hebreo con el suyo propio.

Pero —como bien es sabido— no sólo en las demás de lenguas, sino especialmente en el hebreo —y, de manera particular, en aquel [*hebreo*] en que fueron escritos los libros sagrados—, las palabras en sí no son sólo enunciado de su expresión correspondiente, sino que las cosas han recibido sus nombres a partir de una observación diligente y cuidadosa de la naturaleza; y, dado que este segundo modo de significación viene a resultar mucho más eminente y excelente que el primero, precisamente por ello lo que con él se significa debería igualmente tomarse en consideración antes que todo lo demás, de manera que habrían de consultarse no tanto a los que buscan la traducción de los simples vocablos, sino a los que desean penetrar en el sentido auténtico de los oráculos divinos, que en aquellas palabras tan llenas de significado se contienen, pues, en éstas, las cosas mismas —esto es, la esencia y las propiedades de las cosas— se revelan en su significación plena, algo así como si se realizaran ante los ojos.

Obras de este clase —con el fin de explicar numerosos y, de otro modo, oscuros lugares de otras lenguas antiguas— diferentes autores, tanto de tiempos pasados como de nuestros días, llegaron a publicar. Así, entre los griegos, además de Plutarco y otros que explicaron los símbolos pitagóricos, cierto autor, bajo el nombre de Horápolo, escribió una obra de no poca erudición a la que dio por título *Sobre las imágenes de los egipcios*. Muchas obras de este género nos han llegado a través de los que trataron sobre la interpretación de los sueños, y, hace pocos años, apareció un extenso volumen de Enrique Glareán, con el título de *Jeroglíficos*, obra ciertamente no indocumentada, antes bien repleta de múltiple y no vulgar doctrina, y formada a base de la observación de diversos autores, estudios y muy distintas artes, cuya prudente lectura —con las salvedades debidas— no poca utilidad podría reportar a quienes, para explicar la Sagrada Escritura, reúnen, a modo de auxilio, materia tomada de distintos lugares.

Pero, como los escritos de estos autores, que acabamos de citar, no tuvieran como propósito primero la interpretación de la Sagrada Escritura, en ellos no se encuentran —o los encontramos ciertamente en muy contadas ocasiones— lugares por su propia mano señalados, y que, una vez examinados, de alguna manera pudieran emplearse provechosamente para la interpretación de los Libros Sagrados. Por esta razón, aunque nos proponernos cierta obra mayor¹, en la que (supuesto que Dios favorecerá nuestros esfuerzos) trataremos, a partir de las Sagradas Escrituras, de la naturaleza en su totalidad, nos hemos visto obligados a llevar rápidamente a término, con objeto de que se agregara a la Biblia Real, todo aquello que a este respecto pudiera abrir un camino.

Así, pues, hemos redactado un libro en el que, de la manera más fácil y breve que nos ha sido

¹[Se refiere al *Opus Magnum*, obra extensísima en dos partes, publicada en 1593, la primera; en 1601, la segunda, como obra ya póstuma].

posible, indicamos no tanto las traducciones de las palabras, cuanto las propiedades de las cosas mismas, su naturaleza y su esencia. De ellas explicamos su significación arcana y latente con el apoyo de ejemplos adecuados y oportunos.

En esta obra no hemos seguido ciertamente la opinión o sentencia de ningún autor en particular, sino que, a partir sólo de una diligente lectura de los Libros Sagrados, y mediante la observación atenta de las cosas, observado el orden de la naturaleza, hemos dividido, según sus clases, la significación de casi todos los nombres y palabras, según se desprende de la observación de dichas cosas y acciones, justificando cada expresión con abundantes citas de lugares y con pruebas claras y manifiestas.

También hemos distinguido, según su orden, muchísimas anotaciones que la observación de las cosas particulares nos han permitido reunir; a ellas un lector instruido podrá referir casi todo lo que sobre la significación de cosas este tipo pudiera observar en las Sagradas Letras.

Pongamos, por ejemplo, que aparece el término león, y que ni el pasaje ni la frase permiten que deba entenderse del león como animal; inmediatamente habrá que recurrir a otro género de significación: el cual, como por nuestras observaciones constare que es múltiple, el lector, según su juicio, debe elegir aquel que, según el pasaje de que se trate, convenga más a la frase, cosa que podrá conocerse con facilidad, si se considera atentamente tanto lo que precede como lo que sigue. De esta manera, podrá tenerse fácilmente una explicación no sólo de las cosas que se contienen en nuestra obra, sino también de todas aquellas otras que se les son parecidas, de tal forma que pueda servir para todos como de una suerte de comentario común y general a los libros de la Sagrada Escritura.

A este libro lo hemos llamado *José*, por el don con que fue agraciado aquel santo varón, celeberrimo y poco menos que divino en el tratamiento de todo este tipo de cosas, sea por aquellos sueños que, siendo aún un niño (cf. Gén 37,5-11), supo explicar en el hogar de su padre y hermanos, sea por la singular y divina interpretación que de ellos hizo también ante extraños (cf. Gén 40,5-13; 41,1-36).

Pero antes de acometer el trabajo de interpretación, consideramos oportuna cierta exposición resumida del mismo asunto evocado un poco más arriba.

Vale, y que estos trabajos nuestros sirvan para promover los estudios de las Sagradas Escrituras.

En Amberes, 9 Octubre de 1571.

DE LA DIVISIÓN DE LAS COSAS A PARTIR DE LAS CUALES SE ESTABLECE EL LENGUAJE ARCANO Y SE OBTIENEN LOS SÍMBOLOS

El entendimiento humano, allí hasta donde puede alcanzar, considera y concibe todo lo que en el orbe entero es o puede ser, según dos géneros universales. A uno lo llamamos «cosas»²; al otro, «acciones»³. Llamamos cosas a aquello, cuya naturaleza o existe y es por sí misma espontáneamente y sin necesidad de autor alguno, o ha sido hecha, producida o causada por otro; tiene, no obstante, su nombre, su explicación y su definición.

A la forma primera pertenece sólo la única naturaleza divina. A la segunda, todas las demás cosas que —dentro o fuera del mundo— existen o pueden existir. Pues comoquiera que todas estas cosas sean, según su naturaleza, todo lo tienen de Dios, su creador.

De esta segunda forma nace otra distinción. Pues ciertas cosas «son»⁴, y otras «son en»⁵.

Decimos que «son» todas aquellas cosas que existen según su propia definición, es decir: o pueden existir por sí mismas, o, para existir, necesitan de otra cosa, a modo de sujeto o sede. Ejemplos de la primera son el mundo, el espíritu, el animal, el hombre. De la otra, la luz, la magnitud, la redondez, el conocimiento, el sentido, el raciocinio y el lenguaje. Pues todas estas cosas, y las que les son semejantes, tienen definiciones propias e indican descripciones propias de sí. Pero existen con esta diferenciación: que unas son por sí y para sí, y otras no son ni por sí ni para sí, sino que están en función de otras para las que existen, y, para informarlas o adornarlas han sido creadas.

En efecto, por sí y para sí son el mundo, el espíritu, el hombre. Pero la magnitud o la redondez ni son por sí ni para sí, sino que «son en» o «son para» el mundo y las partes del mundo. El conocimiento no es por sí y para sí, sino que «es para» el espíritu o «es en» el espíritu. El lenguaje «es» y «es en» para el hombre.

Pero hablamos aquí del «ser para sí» o «ser para otros», no en cuanto al fin por el que todas las cosas fueron creadas, sino en cuanto a la utilidad para la que fueron creadas. Pues en cuanto al fin, todas las cosas se refieren a Dios, pero en cuanto a la utilidad y conveniencia, ninguna se refiere a Dios, puesto que Dios nada necesita fuera de sí.

Pero de este modo referimos unas cosas a otras. Pues unas cosas son para conveniencia y uso de otras, es decir, las que «son en» para las que «son en», si, según la naturaleza, rectamente «son en». Mas, si no es así, esto es, si la referencia de una cosa a otra se hace al margen o contra la naturaleza, no debe hablarse propiamente de «ser en», sino de «introducirse en»: como la violencia, la enfermedad, el debilitamiento, la muerte y todas aquellas otras cosas que tienden a la deformación o a la corrupción.

Hay también otra división de las cosas que «son en». Unas, en efecto, añaden eficacia a aquella para la que «son en»; otras, en cambio, aportan afecto, no para realizar, sino para padecer sobre sí o soportar los efectos de las demás cosas: así, la ciencia, la fortaleza, la audacia, aportan eficacia a la cosa para que «es en». Pero la ignorancia, la debilidad o el miedo, al recibir sobre sí los efectos y fuerzas de

²Cosas.

³Acciones.

⁴[En el texto *sunf*].

⁵[En el texto *insunf*].

otras cosas, las vuelven más débiles y vulnerables.

Y, así, cualquier cosa que realiza la función de informar, adornar, incrementar y perfeccionar aquella otra cosa para la que «es en», ha de ser referida a la eficacia, ya añade ésta perfección para actuar, ya para padecer. Pues aunque sentir y entender consistan en recibir algo sobre sí, sin embargo, más perfecto es sentir y entender que carecer de sentido e intelecto; razón por la cual estas cosas merecen más que se las entienda y defina como efecto que como afecto. Sin embargo, la voluntad y el amor, y otras cosas parecidas, propiamente son efectos, y exigen para sí el nombre y razón de acción más que el de pasión.

Por consiguiente, de la existencia y conjunción de aquellas cosas que son tanto para sí como para otras, nace aquel otro género universal que, al principio, dimos en llamar «acciones». Pues del espíritu, dotado de la capacidad de conocer, nace el conocimiento; y del hombre, hábil para razonar y apto para hablar, nacen el raciocinio y la palabra; también del fuego, que se caracteriza por el poder de calentar, nacen el calor, la ustión y separación de cosas diversas, como el agua de la tierra, las escorias del oro. Así, pues, todo lo que existe o es cosa o es acción de una cosa.

Ahora bien, a una sola naturaleza referimos la acción y la pasión, pues lo mismo es la acción y la pasión en su naturaleza. Difiere, sin embargo, por el término de donde parte y el término al que afecta. Pues a aquello de donde se parte, se le llama acción; aquello a lo que afecta, pasión.

Todo lo que en el mundo existe y todo lo que en él se realiza, existe en un lugar y se realiza en un lugar, con la sola excepción de Dios, quien, aun actuando en un lugar, sin embargo no está propiamente en un lugar, puesto que trasciende infinitamente todo lugar, y no necesita de lugar alguno para actuar, pues puede actuar de manera absolutamente perfecta en un lugar, más allá de un lugar, por encima de un lugar y fuera de un lugar.

Pero, fuera de Dios, todas las cosas existen y se realizan en un lugar; por ejemplo: **El que hizo grandes prodigios en Egipto (Sal 77,12)...**, **maravillas en el campo de Tanis (Sal 77,43)**. Y también: **A los santos que hay en su tierra admiré; todas mis voluntades en ellos (Sal 15,3)**. *Los probó junto al agua de la contradicción*⁶; **Adoraremos en el lugar donde estuvieron sus pies (Sal 131,7)**; **Me acordaré de ti, desde la tierra del Jordán y del Hermón, desde el monte humilde (Sal 41,7)**.

Pero, además del lugar, están el tiempo y la duración, que acompañan a todos los géneros universales de las cosas. Llamamos tiempo al espacio que va desde el comienzo del mundo hasta su fin. Pero tiene límites precisos, tanto el todo como sus partes. Duración es la vida y existencia de todas las cosas que existen, según sus propios géneros. Ésta en cuanto al todo, carece de principio y fin, pues pertenece a Dios y a la eternidad de la vida futura. Pero, en cuanto a las partes, tiene comienzo y fin, aunque sin variaciones. La duración, en efecto, es siempre la misma mientras existe. En cambio, las variaciones de las cosas corresponden al tiempo, artífice de la mutación, el cual permanece también constante con la mutación.

De estos cinco géneros⁷ se derivan los sentidos y significaciones de los escritos sagrados, y de ellos se toman los argumentos de todas las interpretaciones de esta clase.

Para una más fácil utilización de la *inventio*⁸, estimamos que es conveniente y oportuno tratar a continuación de las divisiones de estos géneros.

⁶[La expresión «agua de la contradicción» se encuentra en Núm 20,13; 20,24; 27,14; Dt 32,51; 33,8; Sal 80,8; 105,32; Ez 47,19; 48,28].

⁷[Los cinco géneros son: las cosas, las acciones, los lugares, el tiempo y la duración].

⁸[*Inventio*, primera parte de la retórica, consistente en la elección y disposición de los argumentos y especies de un discurso oratorio].

DIVISIÓN DE LAS COSAS QUE «SON»⁹

Las cosas que «son» o son espíritu, o son cuerpo. Y el espíritu o es supremo e infinito, y carece de límites, y se le llama entonces Dios; o es inferior al supremo y en ninguna proporción comparable con éste. Pero de este género de espíritus existen dos naturalezas que son diversas, pero comparables entre sí. A uno se le da el nombre de ángel; al otro, de alma humana, nombres que significan no tanto la naturaleza cuanto la eficacia o la actividad; pues cuanto menos se conoce la definición de una cosa en su naturaleza, más difícil resulta encontrar la palabra adecuada para nombrarla.

El cuerpo¹⁰ o es celeste, o líquido, o extensión, o terrestre, o medio.

Los cuerpos celestes son el cielo mismo, las luminarias y las estrellas. Los cuerpos líquidos son las aguas que están sobre el cielo y las aguas que están bajo el cielo.

Extensión es el aire y todo lo que se extiende entre la tierra, el agua y el lugar de las estrellas. Y aquellas cosas que acontecen en esta extensión —tales como el fuego, el granizo, la nieve, el hielo y la tempestad— constan, en parte, de la naturaleza del agua y, en parte, de la materia suave y ligera del espacio mismo. A esta extensión se le llama también cielo, pues de aquí las aves de cielo toman nombre.

El cuerpo terrestre¹¹, por su parte, es múltiple en su naturaleza y distinto según su variada definición y perfección.

La tierra¹² ocupa el grado más bajo en la naturaleza de los cuerpos terrestres, por lo que el hebreo יבשה recibe en latín el nombre de *arida*, que es su nombre más simple. Pero, por otras razones, se la llama ADAMAH y ARETS, esto es, *humus* y *terra*, no en cuanto que es cuerpo, sino en cuanto que está dotada de una facultad adecuada para engendrar y ser engendrada.

Del cuerpo de la tierra nacen otros varios cuerpos, unos inanimados y otros con alma y vida. También los diferentes géneros de seres inanimados¹³ se distinguen por grados de naturaleza y perfección. Entre éstos, los últimos son los que fueron creados en el tercer día, y comenzaron a existir juntamente con la tierra misma, llamada ARETZ. De este tipo son la arena, el polvo, las piedras, las gemas y todas las formas de fósiles y metales.

Los mayores, más dignos y más hermosos en su misma especie, pertenecientes a este género, son los que fueron hechos el cuarto día, distintos también según un doble grado de naturaleza. Una primera parte se distingue incluso con dos términos: pues aquel día mostró *la hierba verde y la hierba que produce semen* (cf. Gén 1,11a). El segundo se desarrolló de tres formas distintas, que vienen descritas así: *árbol que produce frutos, árbol que da fruto según su género, y árbol cuyo semen en sí mismo, está sobre la tierra* (cf. Gén 1,11b.12b).

Después, los otros cuerpos son con mucho más dignos que los anteriores, puesto que tienen alma y vida¹⁴. Sin embargo, son distintos entre sí por grados de naturaleza y excelencia; más, sobre todo, por cómo acostumbran vivir, que por la materia de que constan, pues todos están hechos de parte de agua y parte de tierra. Pero en unos es mayor la porción de agua, y en otros, la de tierra.

Otro género de cosas que surgieron de las aguas fue el reptil¹⁵ de alma viviente, al cual pertenecen los grandes cetáceos y todo animal viviente y móvil que produjeron las aguas, según sus especies; pues este género tiene varias especies, diferentes en forma y tamaño: animales muy pequeños

‡ *Quae sunt* en el texto].

¹⁰Cuerpo.

¹¹Cuerpo terrestre.

¹²Tierra.

¹³Inanimados.

¹⁴Seres vivientes.

¹⁵Acuáticos.

con otros muy grandes, y reptiles, de los cuales no hay número.

Otro es el género de los volátiles¹⁶, de variedad natural no menor que los reptiles. Pues muchas son las formas de los que tienen alas, desde los insectos hasta la especie suprema del águila, y muy diverso también su instinto.

Están después los otros cuerpos de los seres animados¹⁷, los que salieron de la tierra en el día sexto de la creación. Con un sólo nombre, alma viviente, se les llama, y se dividen en tres clases: ganado, reptiles y fieras de la tierra, según sus especies; ciertamente su número es limitado, pero no son muchos los hombres que las han observado y estudiado.

De estos tres géneros el primero es muy manso, es decir, el ganado, o —mejor dicho— los brutos¹⁸, que en la sagrada lengua se llaman בְּהֵמָה, BEHEMAH.

El segundo es más fiero y desapacible, pero de movimientos más lentos y de corpulencia menor que el tercero. Pues las fieras¹⁹ del campo o —como se dice en hebreo— el חַיַּת אֶרֶץ, esto es, los vivientes de la tierra, son de naturaleza más feroz, de movimientos más rápidos y de agudeza y astucia mayores que los בְּהֵמָה. Tocó en suerte a los reptiles²⁰ cierta parte media, tanto en cortedad de ingenio como en ferocidad; parecieran como producidos por los desechos de uno y otro género.

Por último, el mejor y más excelente lugar en el género de los seres animados lo ocupa el hombre²¹; hecho de la parte mejor de la materia primera²², con mayor cuidado que los demás; investido de mayor dignidad y de más altas facultades; dotado también de alma sublime e inmortal; pues está formado del limo de la tierra, o de polvo sutilísimo, y por singular voluntad de Dios y, por su palabra, fue creado este cuerpo animado. Está escrito, en efecto, que *fue creado en alma viviente* (cf. Gén 2,7), y, por el poder del soplo Dios, obtuvo espíritu de vida.

Y hasta aquí la división general de las cosas que «son».

DIVISIÓN GENERAL DE LAS COSAS QUE SON EN²³ O SON PARA²⁴

De las cosas que «son en», unas «son en» como partes; otras, como instrumentos y otras como ornamentos. Ahora bien, estas partes²⁵ o lo son de la naturaleza, como el alma y el cuerpo en el animal; o de la integridad y perfección, como los miembros del animal; tres y cuatro en el número septenario.

Los instrumentos²⁶ «son en» o por naturaleza, como los dientes para la boca, las uñas y los cuernos en ciertos animales, de los que se sirven o con los que se defienden y se ponen a salvo; o por cargo y necesidad, como el báculo para el anciano y la espada para el magistrado.

Las cosas que «son en» como ornamentos²⁷, corresponden a un triple género: magnitud, forma

¹⁶Volátiles.

¹⁷Alma viviente.

¹⁸Brutos.

¹⁹Fieras.

²⁰Reptiles.

²¹Hombre.

²²[A saber, el fuego, el aire, el agua y la tierra].

[²³ *Insunt* en el texto].

[²⁴ *Adsunt* en el texto].

²⁵Partes.

²⁶Instrumentos.

²⁷Ornamentos.

y aspecto²⁸.

En el género de la magnitud²⁹ se enumeran la brevedad, la longitud, la altura y la profundidad. Y las cosas que a éstas se refieren son las medidas y los números, las proporciones, la gravedad, la levedad.

Las definiciones de la forma³⁰ se refieren al contorno del cuerpo, y en este género están las figuras, los triángulos, los tetraedros, los círculos, etc.

Por lo que se refiere al aspecto³¹, parte pertenece al cuerpo, y parte al espíritu. En el cuerpo, los estados «son en» con relación a la proporción combinada de sus elementos, como el calor, el frío, la humedad, la salud, la edad, la dureza, la flaqueza, la levedad, la aspereza, la dulzura, la acerbidad; o en relación al ornato de la forma, como la belleza, el color.

Y todo lo que de estas cosas se dice, en cuanto que significan perfección y ornamento, lo mismo ha de entenderse, pero de manera totalmente opuesta, de aquellas otras que tienden al fin contrario. Pues la enfermedad «es en» y actúa de manera opuesta a como es y actúa la salud. Del mismo modo, la deformidad y la fealdad son lo contrario de la elegancia y la belleza.

DEL LUGAR

La diferencia de los lugares se toma o de la naturaleza de la cosa misma, o de la medida y proporción. La medida y proporción producen el siguiente tipo de especies: lo amplio, lo capaz, lo ancho, lo espacioso, lo cómodo, lo oportuno, lo angosto, lo breve, lo estrecho, lo desmesurado, lo incómodo, lo inoportuno, lo excelso, lo humilde; lo primero, lo medio, lo extremo, lo patente, lo plano, lo dificultoso.

Ahora bien, considerado el lugar según su naturaleza, éste se divide en pluralidad de géneros. En efecto, o se trata de un lugar público o de un lugar privado. Cuando es público, o es común a todos, como el aire, el agua; o común sólo a algunos, como el cielo, el infierno; o común a un determinado grupo humano, como es el caso de un reino, de un pueblo de una ciudad. Un lugar privado es, por ejemplo, la casa, el huerto, la viña, el sepulcro, la torre, el pozo.

Pero existen algunos lugares que podrían ser tanto comunes como propios; o, por el contrario, que en un mismo género podrían ser a veces tanto propios como comunes de algunos: tales son los casos de la ciudad, el río, el puente, la fuente, la plaza.

Ahora bien, también las partes de determinados lugares se cuentan, a su vez, entre los lugares mismos, por ejemplo: el muro, el techo, la habitación, el solarío, la columna, la puerta, la ventana, el fastigio, el pináculo.

Existen, además, otros lugares célebres por alguna razón singular; así, entre los montes, el Gilghad y el Líbano; entre los campos, Basán; entre los ríos, el Jordán; entre las ciudades, Jerusalén o Sión, ciudad de David. A éstos los llamamos lugares concretos.

DEL TIEMPO Y DE LA DURACIÓN

Hay dos maneras de considerar el tiempo. En efecto, puede indicarse el momento oportuno para hacer algo, o el momento en que una cosa sucede, o considerarse las dos al mismo tiempo.

Ejemplos de lo segundo son la noche, el día, la madrugada, el mediodía, la tarde, la primera vigilia, la segunda vigilia, el amanecer; y también la primavera, el verano, el otoño, el invierno, el tiempo lluvioso, sereno, oscuro, nublado.

²⁸Aspecto.

²⁹[Magnitud].

³⁰Forma.

³¹Aspecto.

Ejemplos de lo primero son la hora el almuerzo, de la cena, lo realizado en la jornada, la hora de acostarse; lo que se dice en el saludo, en la despedida, a la hora de partir, cuando se está presente, cuando se está ausente, en la conversación, al ir, al volver. Todas estas cosas tienen una razón singular y apropiada, que debe considerarse diligentemente para interpretar su sentido.

En cuanto a la duración, no son tanto los géneros como las partes: la hora, el día, la semana o el sábado, el mes, el año, el siglo, el siglo del siglo y los siglos de los siglos, que se llama eternidad, aunque no propiamente, pues en los siglos hay mutación y variedad, cosa de la que carece la eternidad. Además, por muchos que éstos sean, existe un fin de los siglos, pero no un fin de la eternidad.

BREVE OBSERVACIÓN SOBRE EL TRATAMIENTO Y USO DE LOS SÍMBOLOS O DEL LENGUAJE ARCANO

En el uso del lenguaje arcano, primero ha de considerarse el género; después, la especie. Pues la naturaleza de las cosas se conoce primero por el género. La especie indica y expone sus diferencias. Todos los son leones fieros y fuertes por naturaleza. Pero **כַּפִּיר**³² y **לְבִיא**³³ difieren por la fortaleza, por la destreza y también por la excelencia de la raza. De manera semejante, todos los montes son altos, pero la colina, la cima y el que propiamente se llama **הַר**³⁴ se diferencian en muchas partes.

En efecto, los argumentos y las significaciones, a veces, se deducen del género³⁵ mismo, como **Suben los montes y bajan los campos** (Sal 103,8); otras, de la especie, como *Dios en el Sinaí, en lo santo* (cf. Sal 67,6); otras veces, de dos especies, como: **Los montes saltaron como carneros y las colinas como corderillos** (Sal 113,4).

Una palabra correspondiente a la especie³⁶ puede usarse también en lugar de otra correspondiente al género, como cuando se dice *Libano* en lugar de cualquier monte excelso e insigne; así: **Sube al Líbano y clama, por Basán da tu voz, y clama a los que pasan** (Jer 22,20).

De una especie menor a una mayor, así interpreta Pablo: **No pondrás bozal al buey que trilla** (1Cor 9,9).

Del eficiente³⁷ no pocas veces se saca argumento y significación, como *aguas* en lugar de fecundidad y abundancia de grandes beneficios. Por ejemplo: **Tú que habitas junto a muchas aguas, rica en tesoros** (Jer 51,13).

Por el efecto³⁸, se indica la causa o el eficiente; por ejemplo: **Se conmovió y se estremeció la tierra, y temblaron los cimientos de los montes, porque se airó contra ellos** (Sal 17,8).

De los consecuentes³⁹ y resultados se deduce también la significación de los antecedentes; así, el pasto de las ovejas argumenta la desolación de las ciudades, como: **Abandonadas las ciudades de Aroer, serán para los ganados, y descansarán allí, y no habrá quien las espante** (Is 17,2).

³²[Cachorro, leoncillo].

³³[León, leona].

³⁴[Monte].

³⁵Por el género.

³⁶Por la especie.

³⁷Por el eficiente.

³⁸Por el efecto.

³⁹Por los consecuentes.

Son signos también de las cosas los antecedentes⁴⁰, los nexos⁴¹ y los consecuentes. Por ellos se indican también las cosas mismas, como: **Al atardecer decís: hará buen tiempo, porque el cielo está enrojecido** (Mt 16,2).

Por el nexo. Así como los pechos que no han sido tocados significan virginidad, los pechos estrujados son signo de pérdida de virginidad, como: **Se prostituyeron en Egipto; en su juventud se prostituyeron. Allá fueron apretados sus pechos; allí fueron estrujados sus senos virginales** (Ez 23,3). Y **Aparecieron flores en nuestra tierra** (Ct 2,12) es signo que indica, por el consecuente, la llegada de la primavera.

Los instrumentos⁴² indican la causa de una cosa, la cosa misma o su efecto, como *la espada del Señor y la espada de Gedeón* (cf. Jue 7,14.20).

Tomamos también argumento a partir de una insignia⁴³ o distinción; así, la espada es signo del magistrado (cf. Rom 13,4).

También el lugar⁴⁴ viene tomado en consideración y significa las cosas que están o se realizan alrededor de él; así, la frente indica la vergüenza, porque esta parte es la principalmente afectada, cuando el rubor de la vergüenza sale fuera; por ejemplo: **Tu frente de bronce** (Is 48,4), esto es, carente de pudor y rubor. Y puerta por juicio o lugar de reunión de los jueces, como: **No será confundido cuando hable con los enemigos en la puerta** (Sal 126,5); y, **Atropellando a los pobres en la puerta** (Am 5,12).

También la indicación de un sitio da lugar a la interpretación. Así, el litoral del mar indica Palestina (cf. Ez 25,16), y el Septentrión, Babilonia.

También las figuras estilísticas reivindican para sí una buena parte en el lenguaje arcano. Pero, sobre todas, las comparaciones, los símiles, los ejemplos y aquellas que en este género son abundantísimas, es decir, la metáfora y la alegoría.

Ejemplos de comparación⁴⁵ son: **Rugirá el león, ¿quién no temerá? Dios ha hablado, ¿quién no profetizará** (Am 3,8). E innumerables parábolas que están en los escritos evangélicos, como la del juez inicuo que castiga una y otra vez la suerte de la viuda agraviada (cf. Lc 18,3-5), y la del padre que da cosas buenas a su hijo cuando se las pide (cf. Lc 11,11).

Ejemplos de símiles⁴⁶: **Y se despertó el Señor como un durmiente, como un bravo vencido por el vino** (Sal 77,65).

El empleo de los ejemplos⁴⁷ es también frecuentísimo, como: **Trátalos como a Madián y a Sísara, como a Yabín en el torrente de Quisón [...]; trata a sus caudillos como a Oreb y Salmana** (Sal 82,10.12).

Entre los ejemplos está también el arquetipo, es decir, el ejemplo mayor que puede ponerse sobre algo. Así Salomón es arquetipo de la gloria humana y del esplendor regio. Así está escrito: **Y ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de éstos** (Mt 6,29).

Muy frecuente es también el uso de la translación⁴⁸ o metáfora, que tiene lugar cuando, por similitud, una palabra de una naturaleza se emplea en lugar de otra; por ejemplo: **De dura cerviz e incircunciso de corazón** (Hch 7,51); **Se hagan sus caminos tinieblas y precipicio** (Sal 34,6); **Si no**

⁴⁰Por los antecedentes y nexos.

⁴¹[En el texto, *coniuncta*].

⁴²Por el instrumento.

⁴³Por la insignia.

⁴⁴Por el lugar.

⁴⁵Por la comparación.

⁴⁶Por el símil.

⁴⁷Por el ejemplo.

⁴⁸Desde la translación.

hubierais arado con mi novilla, no habrías acertado mi enigma (Jue 14,18).

El número de las alegorías⁴⁹ es casi infinito. Llamamos, no obstante, alegoría a una metáfora continuada; por ejemplo: **El Señor me rige, nada me faltará; en un lugar de pastos me colocará; sobre aguas de descanso me ha conducido, y conforta mi alma; me llevó sobre sendas de justicia, a causa de su nombre; aunque caminara en medio de sombras de muerte, no temeré cosas malas, porque tú estás conmigo: tu vara y tu báculo me han consolado; has preparado una mesa en mi presencia, frente a todos los que me atribulan... etc.** (Sal 22,1-5). Y, **Has encontrado miel; come la que te necesites, no sea que te hartes y la llegues a vomitar** (Prov 25,16).

De la metonimia⁵⁰ deducimos también interpretaciones, como llaga por lepra o por peste (cf. Am 3,12); palacio por rey (cf. Am 3,9); Grecia por toda nación que da al culto de los ídolos (cf. Zac 9,13).

De manera semejante, mediante la sinécdoque⁵¹ damos a entender una cosa en lugar de otra, como tiendas por pastos (cf. Hab 3,7); y, **Se estremecen las pieles de Madián** (Hab 3,7).

Por la perífrasis⁵² se indican muchas cosas. Así, a Sansón se le llama el marido de Dalila; a Saúl, el hijo de Cis, el benjaminita; a David, el hijo de Jesé; a Bartolomé, el hijo de Tolomeo, que propiamente es el mismo Natanael; y a Jericó la ciudad de las palmeras.

CIERTAS OBSERVACIONES OPORTUNAS PARA EL USO DEL LENGUAJE ARCANO

En primer lugar, sería conveniente explorar y conocer la naturaleza misma de las cosas, cuyas palabras postulan interpretación en el lenguaje arcano, a fin de que cada una de las palabras se refiera convenientemente a las partes, a la virtud, a la eficiencia o a las acciones mismas de la naturaleza, y sea así explicada adecuadamente; pues, a veces, puede darse una explicación o contraria, o absolutamente inadecuada al verdadero sentido de la frase.

Ahora bien, el conocimiento de la naturaleza puede obtenerse a partir de los libros de filosofía y mediante la práctica y la experiencia; pero el que se obtiene a partir de las Sagradas Escrituras es mucho más seguro: ninguna otra cosa se necesita hacer para exponer sus argumentos, que acercarse a ella con diligencia y asiduidad y con espíritu humilde, e invocar constante y piadosamente para tal fin la inspiración divina.

Convendrá dar y adscribir una significación segura a las cosas que son seguras, según la naturaleza, y no separarse de la razón y uso naturales; pues constante y segura, en este sentido, es la Escritura, y sentirá aversión de toda temeridad o incertidumbre del ingenio humano, o del abuso del conocimiento particular a la hora de entender y juzgar, como está escrito. **¡Ay, de los que decís a lo malo bueno y a lo bueno malo, los que ponéis tinieblas por luz y luz por tinieblas!** (Is 5,20).

Ciertas cosas asumen siempre un mismo significado, como la leche, que se usa siempre para indicar cosas buenas. Otras, en cambio, por su efecto distinto, se proponen con más de uno, como el vino, que unas veces se toma en un sentido bueno, y otras veces en sentido malo. Lo mismo el león y otras cosas. Así leemos: **Mejores son tus amores que el vino** (Ct 1,1)⁵³. Y también: **No os emborrachéis con vino, en el cual hay lujuria** (Is 5,20); **El vino alegra el corazón** (Sal 103,15), y **Quien ama el vino y los**

⁴⁹Por la alegoría.

⁵⁰Por la metonimia.

⁵¹Por la sinécdoque.

⁵²Por la perífrasis.

⁵³[Se cita aquí según el texto hebreo, donde se lee כִּי־טוֹבִים הָרֵיךְ מִיַּיִן, *porque mejores tus amores que el vino*, contra *Vlg.*, que lee *meliora sunt ubera tua vino*].

aceites⁵⁴ no será rico (Prov 21,17).

Ciertos símbolos, esto es, aquellos que lo son por naturaleza y no por institución, tienen un significado universal; por ejemplo: **La voz del gozo y la voz de la alegría, la voz del esposo y la voz de la esposa** (Jer 33,11). Pero aquellos otros que son símbolos por convención tienen significado solamente para los que los usan, ya sea pública o privadamente. Por ejemplo, en ciertas regiones, la espada indica al magistrado; y el beso con que Judas señaló a Cristo fue señal privada significativa sólo para aquellos que la conocían.

Pero muchas veces sucede que dos o más palabras con carga simbólica aparecen unidas; entonces, el significado de la frase debe ser explicado teniendo en cuenta a todas ellas; por ejemplo, el anciano que lleva el báculo, significa larga vida. Este tipo de conjunción conserva el mismo sentido, pero amplificado. El crecimiento de los árboles, la abundancia y afluencia de las aguas, el tamaño exagerado de los frutos, todas estas cosas significan, al mismo tiempo, gran abundancia.

Existe otra conjunción de varios símbolos, que, además de la amplificación, tiene también una característica distintiva que debe tenerse en cuenta y conocerse a partir de cada una de las partes: si por cadenas entendemos cautividad, y por oscuridad, pecado, de ello se desprende que, por cadenas y oscuridad juntas, entendamos cautividad del pecado.

⁵⁴[Vino y aceites, por banquetear].

**PREFACIO AL LIBRO DE JOSÉ
O SOBRE LA
INTERPRETACIÓN DEL LENGUAJE ARCANO
DE
BENITO ARIAS MONTANO,
HISPALENSE**

Por la lectura de los sagrados oráculos y la experiencia sabemos que, en virtud de cierta benignidad singular de Dios y por don de su providencia, únicamente al hombre, por encima de todos los seres vivientes, se le ha concedido conocer y emplear para su utilidad y provecho, las naturalezas, causas, eficiencia, movimientos, acciones, en una palabra, los fines mismos, de todas las cosas que bajo el cielo han sido creadas y existen.

Pues por esta razón fue creado el hombre, para que, como culto perpetuo a su Creador y como alabanza continua, dominara sobre los peces del mar, las aves del cielo, las bestias y sobre toda la tierra. Y quiso Dios que este mismo don alcanzara también a todos los descendientes de aquel primer padre de los hombres: **Creced y multiplicaos y llenad la tierra y sometedla, y dominad en los peces del mar y en las aves del cielo y en todos los animales que se mueven sobre la tierra... He aquí que os he dado toda la hierba que lleva semilla sobre la tierra, y todos los árboles que tienen en sí mismos semilla de su género para que os sirvan de alimento**, etc.(Gén 1,28-29).

Por esta razón, nadie podría proclamar suficientemente la benignidad divina para con la humanidad, ni admirar la dignidad del hombre, señor y dueño y príncipe de tantas y tan grandes cosas, ni dolerse y deplorar lo bastante la ruina y perdición de ese mismo hombre, precipitado de aquella dignidad: del cometido principal de conocer y dar nombre a todas las cosas; pues ése era en verdad el oficio que había desempeñado y que el designio divino le había confiado.

Pues Dios, **Formados del humus todos los seres vivientes de la tierra y todas las aves del cielo, los entregó a Adán para ver cómo los llamaba. Y toda alma viva que Adán nombró, éste mismo es su nombre. Y nombró Adán con sus nombres a todos los seres animados y a todos los volátiles y a todas las bestias de la tierra** (Gén 2,19-20).

Y sabemos, no sólo por este antiguo relato, sino también por la experiencia continuada de las edades sucesivas, que el conocimiento de todas las cosas, aunque no de una manera tan abierta y evidente, pero sí suficiente para un oportuno provecho, le fue concedido al género humano; y, por otros muchos, pero principalmente por el siguiente clarísimo ejemplo, sabemos también que algunos destellos, ciertamente no oscuros, quedaron de aquel antiguo y primitivo resplandor: **De todo ser viviente, de toda carne, meterás en el arca dos de cada especie, para que sobrevivan contigo. Serán macho y hembra: de las aves según su especie; del ganado según su especie; de todo animal que se desplaza en la tierra, según su especie. Dos de cada especie entrarán contigo para que puedan vivir** (Gén 6,19-20). Y añade, además: **Tomarás contigo toda clase de alimentos para comer, y almacénalos para que te sirvan de comida a ti y a ellos** (Gén 6,21).

Era, pues, absolutamente necesario que ninguna naturaleza escapase al conocimiento y consideración de aquél que había de registrar los géneros de cada uno de los animales, observar su instinto, reconocer los tiempos y lugares oportunos, distinguir y acopiar cantidad suficiente de comida, alimentos y demás cosas necesarias. Mas, **Noé hizo todo lo que el Señor le había mandado** (Gén 6,22). De lo que sacamos la siguiente consecuencia: que todas las cosas existentes en el mundo sirven al hombre no sólo como medio permanente de subsistencia, sino que, mediante su estudio detenido, le ayudan a afianzar los razonamientos de su sabiduría, de su prudencia y de su lenguaje. Como está escrito: **Las obras del Señor son todas buenas; a su tiempo provee él a toda necesidad. No hay que decir: esto es peor que aquello, porque todas a su tiempo serán aprobadas** (Sir 39,39-40).

El hombre, en verdad, después de aquel primer perjuicio y daño supremos que le acarrearía la mentira del enemigo, ningún bien mejor, ni ninguna herencia más apetecible y fructífera podía desear

y obtener que fueran expuestos a su vista los géneros y atributos naturales de todas las cosas existentes, para que, conocidos y examinados a fondo, pudiera ajustar su régimen de vida y perseguir y practicar con mayor energía las inclinaciones virtuosas: muchísimos ejemplos y estímulos puede el hombre sacar de todos estos géneros (entre los cuales el más excelente es él mismo), ya sea para imitar su virtud en cuanto a lo que se debe hacer, ya sea para evitar el vicio, en aras de la continencia y la temperancia, como está escrito: **No seáis como el caballo o el mulo, que no tienen intelecto**, etc. (Sal 31,9); o aquello otro: **Ve donde las hormigas, perezoso, y considera sus caminos, y aprende sabiduría** (Prov 6,6).

De aquí que aquellas tan frecuentes representaciones de la naturaleza y utilidad de las cosas, descritas unas veces con toda exactitud, esbozadas otras con sabiduría y propiedad en todo asunto merecedor de estudio, no sólo se hallen referidas en los escritos sagrados, sino que se encuentren también en otros libros de antiquísimos escritores, no sin gran admiración y placer de los que las conocen.

En efecto, gustaba sobremanera a aquellos tiempos y a aquellos hombres esta gravísima forma de hablar; para ellos, ocuparse del conocimiento y significado de las cosas era mejor y de mayor importancia que la belleza oratoria y el placer que produce el encanto de las palabras; y a los más cercanos al comienzo del mundo, sea por la enseñanza paterna sea por la propia observación, les tocaba en suerte una facultad más acrecida de conocer y explorar las cosas.

Pero, en la medida en que va languideciendo y remitiendo este celo, cierta ampulosidad de la oratoria y de las palabras, más para deleite que utilidad de los hombres, comienza a crecer poco a poco, y a cultivarse y acrecentarse de modo admirable, hasta el punto que, en su desarrollo desmedido, habría llegado a soterrar y sofocar, casi hasta su desconocimiento total, las escasísimas y remotísimas noticias de las cosas, si no hubiese sido porque aquellos antiguos y extraordinarios testimonios de los libros sagrados y de otros escritos no hubiesen conservado algunos vestigios de aquella sabiduría. Éstos, sin embargo, exigen no un celo mediocre o una consideración vulgar de las cosas, sino un análisis muy cuidadoso.

Pero si con entusiasmo damos nuestro pláceme al encomiable y provechoso esfuerzo que realizaron algunos hombres eruditos, antiguos y de nuestro tiempo, al estudiar este asunto, sería nuestro mayor deseo que, sobre esta misma materia, pero centrándose en los libros sagrados, algún docto y pío escritor sacara a la luz una obra en la que todas estas cosas vinieran relacionadas y consolidadas de manera exhaustiva.

Pero, hasta que esto suceda, a nosotros y mientras tanto, limitando nuestro estudio a los libros sagrados, nos parece que valdrá la pena compartir de buen grado con los estudiosos de las sagradas disciplinas, acaso más brevemente de lo que la magnitud de la cosa requeriría, mas para público beneficio de la Iglesia Cristiana (a la que por siempre deseamos servir) aquello que, para nuestra utilidad, de vez en cuando hemos observado.

Fueron hechos, pues, los cielos y la tierra y toda su milicia (Gén 2,1), y constituidas todas las razones del tiempo y definidas mediante números y términos precisos. Pues Dios **Completó en el séptimo día la obra que había hecho y descansó el séptimo día de toda la obra que había realizado y bendijo el séptimo día y lo santificó** (Gén 2,2-3), y le confirió la dignidad suprema de todos los tiempos y números, **Porque en él había cesado de hacer toda su obra que había creado** (Gén 2,3).

He aquí la relación ordenada de todas las cosas que fueron creadas. **Éstas son las generaciones del cielo y la tierra cuando fueron creadas** (Gén 2,4). Pues, una vez creados éstos, dijo Dios: **Hágase la luz** (Gén 1,3). Y se hizo la luz en el espacio que está entre las aguas; y aparecieron también la división y los intervalos. Al intervalo siguieron los términos y delimitaciones, según razones de lugares prescritas: **Pues hizo Dios el firmamento y dividió las aguas que estaban bajo el firmamento de las que estaban sobre el firmamento** (Gén 1,7-8). Y a las aguas que están bajo el cielo, congregadas en un sólo lugar, las llamó *Mar*; todo lo demás que está bajo el firmamento, fuera del mar, pero contiguo a él, primero lo llamó *árida*; después, cuando lo dotó y lo distinguió con distintas fuerzas y naturalezas, le dio Dios el nombre de *tierra* o *Aretz* (cf. Gén 1,9-11).

Ésta, enseguida, por el poder generativo de que había sido dotada, se vistió primero de todas las clases de hierbas, y se pobló después de innumerables y diferentes árboles, tanto frutales como sin fruto,

hermosos y útiles, y de otras plantas, como los arbustos (cf. Gén 1,11-12).

Y todo esto se hizo en un sólo día; y apareció obra tan hermosa, que fue del gusto y aprobación de su creador: **Vio Dios que era bueno** (Gén 1,12). Y dignificó toda su obra. **Y pasó una mañana y pasó una tarde, el día tercero** (Gén 1,13).

Pero era conveniente que todas estas cosas, para seguir conservando su propia naturaleza y poder ser de adecuado provecho y utilidad a aquellas otras para las que habían sido creadas, fueran iluminadas y calentadas con una apropiada luz y calor. **Dijo Dios: háganse las luminarias en el firmamento del cielo y dividan el día y la noche y sean como signos y tiempos y días y años, para que brillen en el firmamento del cielo e iluminen la tierra** (Gén 1,14-15). Y agradó también a Dios todo lo que había hecho y concluido en aquel día: **Y vio Dios que era bueno. Y pasó una mañana y pasó una tarde, el día cuarto** (Gén 1,18-19).

Después, en el día quinto, todas estas cosas comenzaron a dar fruto, gracias al poder extraordinario y sumamente eficaz de que fueron dotadas las aguas estériles e improductivas, para procrear toda clase de enormes monstruos, peces y aves. Porque también dijo Dios: **Produzcan las aguas reptil de alma viviente, y ave que vuele sobre la tierra bajo el firmamento del cielo** (Gén 1,20).

Después, la tierra, enriquecida con nueva fecundidad, además de las plantas y las hierbas que antes había criado, produjo tres géneros de seres vivos, diferentes en multiplicidad de especies; de ellos, la tierra fue madre, nutricia y nodriza: sólo por el mandato de Dios, sin concepción alguna de semen, sin tener que soportar la pesadez de la gestación: **Produzca la tierra alma viviente en su género, ganados, reptiles y bestias del campo** (Gén 1,24).

Formado por admirable designio de Dios, nació el hombre, el último de todos; animal más santo y excelente que todos los demás animales, en cuanto que fue dotado y adornado de mayor afecto, de más sublime consejo, de más digna forma exterior, de más diligente arte, de más excelentes partes naturales. **Hagamos, dice Dios, al hombre a nuestra imagen y semejanza, que gobierne sobre los peces del mar y sobre los volátiles del cielo y sobre las bestias de toda la tierra, y sobre todo reptil que se mueve en la tierra** (Gén 1,26).

A éste, formado del limo más fino la tierra, él mismo insufló un aliento de vida, y fue hecho el hombre *en alma viviente* (cf. Gén 2,7), no terrena, como los demás seres vivos, sino por designio singular, la más sublime e idónea para conservar la vida.

Y todo esto, tanto el orden como la serie absoluta de los géneros, agradó al divino juicio del Creador y dio por terminado el tiempo de su obra. **Y vio Dios que todas las cosas que había hecho eran muy buenas. Y pasó una mañana y pasó una tarde: el día sexto** (Gén 1,31).

Siguió el día séptimo, adscrito no a obra alguna, sino al descanso de Dios, dedicado por esta razón a la contemplación de las cosas divinas. **Porque en él había cesado Dios de hacer toda obra que había realizado** (Gén 2,3).

Así, pues, a partir de este séptimo día, en el que Dios se nos muestra a sí mismo, no como fundador y creador, sino en reposo y felicísimo en su propia naturaleza, o —por decir mejor— como fuente digna de ser conocida de toda felicidad y quietud, acometeremos primero las razones las razones de los demás días, no sin antes dirigirnos a Él suplicantes.

SUMO DIOS, QUE ERAS ETERNO SIEMPRE
E INFINITO DESDE SIEMPRE
EN LA INMENSA SIMPLICIDAD DEL BIEN;
TÚ QUE, FELIZ, TE CONOCES TOTALMENTE,
Y NINGUNA PARTE MENOR EXISTE EN TU DIVINIDAD INFINITA;
QUE SIGUES SIENDO EL MISMO DIOS,
DESPUÉS DE ORDENADAS POR AQUEL MANDATO
LAS COSAS DEL MUNDO QUE YA EXISTÍAN,
¡OH, ACÉRCATE A NOSOTROS
PARA QUE TE ADOREMOS MÁS FÁCILMENTE
Y PERMÍTENOS DECIR DE TI
TODO AQUELLO QUE SEA PERMITIDO!

